

embargo, hay muchos jóvenes de talento que comienzan hoy a figurar y que no habrán cambiado nada en el punto moral de Guanajuato, excepto de los medios de sociabilidad con que cuenta y abriendo aquellos horizontes donde mis amigos disfrutaban los días de las fiestas bellas, y en las que para solaz de los necesitados de la

VII

por y la influencia de ese sol de la de

pero, después de pasados algunos días

MINA DE LA PURISIMA.

Guanajuato, Julio 5 de 1864.

QUERIDA MARIA:

Hace algunos meses que no te escribo, tanto por falta de conducto, como porque no habia salido de Guanajuato sino hasta estos dias, en que tengo el gusto de hacerte nuevas transmisiones de lo que he visto últimamente.

Salí para este mineral hace cuatro dias, por el camino que une en un tramo al de la Luz. Por supuesto que está practicado por entre los cerros y por esta circunstancia no deja de ser penoso; sin embargo, lo hice en cuatro ó cinco horas, porque no dista de Guanajuato arriba de cinco leguas.

Las vistas que posee el mineral de la Purísima, son bellísimas por cualquier parte que se las mire, y en cada casa ó promontorio donde el espectador se detenga, goza de una nueva óptica, formada por una naturaleza salvaje que, ó bien se presenta por una elevada altura, donde en la cima está algún pequeño caserío, ó ya es un tajo vertical que desciende hasta el fondo de una cañada, en la que tambien hay casas que solo se miran por sus techos, y se va perdiendo aquella en ondulaciones variadas y pintorescas hasta el confin, donde nuevas crestas se elevan, presentando términos y términos en degradación, envueltos en un vapor atmosférico.

Pasé esa primera noche con el deseo de que amaneciera para ir á visitar una mina, operacion que antes no habia practicado por mera desidia, pero que esta vez lo anhelaba con todas veras. Habia deseado tambien bajar por un tiro en otra ocasion, mas tambien se habia frustrado, teniendo solamente el gusto de haber visto hace algunos años el de Rayas, que es uno de los de más colosales dimensiones, y causa espanto el aproximarse solamente á la boca, que es de forma octágona.

Amaneció finalmente, y á cosa de las siete nos dirigimos mis compañeros y yó, á la mina de San Ignacio, que es la que está mas bonancible.

Nos presentamos al administrador, que es un excelente sujeto, y mediante la amistad de mi compañero, el bachiller D. Mariano Leal, despues de manifestarle mi deseo de bajar á la mina por el tiro, tuvo la galantería de acompañarme personalmente á la excursion subterránea, no sin latirme el corazón fuertemente, porque me veía á

orillas de un peligro, del que no podia retroceder, so pena de aparecer cobarde, aunque me espoleaba el anhelo de experimentar una sensacion desconocida.

Llegó el momento.

El administrador me dijo:

—¿Está usted ya en disposicion de que bajemos por el tiro?

—Cuando usted guste, le respondí, no sin alguna emocion.

—Pues pase usted por aquí.

Y me indicó un cuarto.

Cuando estuvimos dentro:

—Elija usted, me dijo, uno de estos vestidos.

—Pero para qué son estos vestidos? le pregunté sorprendido.

—Cómo, para qué? replicó; ¿no sabe usted que no se entra á una mina sin ponerse uno de estos vestidos, que sin ellos ensuciaría los que trae uno puestos?

—Pues, señor, vamos á ver, contesté resignado.

Ya me comenzaba á encajar el pan-

talón sobre el que traía, cuando viéndome mi interlocutor, me indicó que era necesario desnudarme enteramente, por lo mucho que se suda en el interior de la mina, y que la ropa se empaparía.

Al pronto me sonreí con aire de incredulidad y le dije que solo la ropa de encima me quitaria, dejándome la camisa y el calzoncillo.

Cuando acabé de vestirme y ví mi facha y la de mi compañero, no pude ménos que soltar una carcajada, porque parecíamos peregrinos ó pordioseros,

El traje consistía en un pantalon de gerga, un saco de lo mismo, un sombrero de ala ancha, de palma, muy gacho, de tejido bastante corriente, y un bordon en la mano.

Teníamos que pasar para la boca del tiro por el patío, donde habia más de cien operarios, y temia pasar por delante de ellos, porque me parecia que al verme se reirian de mi facha, si no me apedreaban; pero no fué asi, tal vez por respeto al administrador que me acom-

pañaba, ó por la costumbre que tenian de ver semejante traje.

Llegamos al borde de la boca del tiro, que es cuadrangular, y al inclinar la vista á su fondo, no lo encontré por la oscuridad que reinaba á las cien varas.

Me coloqué muy bien en el mecapal ó soga que sirve de asiento, atándome uno de los operarios por la cintura contra el cable.

No puedo expresar lo que experimenté cuando comenzamos á descender por aquel antro tan lóbrego y profundo. En el extremo de la cuerda iba el *morrón* que nos alumbraba con una hacha; seguia mi compañero y despues yo.

Cuando habiamos descendido cuarenta varas, comenzó el muchacho *morrón* á entonar el «Alabado» con una voz tan lúgubre, que aumentaba el horror del lugar y hacia mas imponente la descension. Como el cañon del tiro sólo está enjarrado á la entrada, y despues queda manifiesta la peña viva, que tiene un color negruzco y chorrea agua,

así como que tiene algunas desigualdades que le dan un aspecto terrífico, todo esto, junto con la luz rojiza de la mecha y un ruido sordo que se escucha en el fondo, infunde pavor en el alma. He cido decir que una piedrecita del tamaño de un frijol, ha matado á alguno cuando iba bajando ya á cierta profundidad, y al ir descendiendo yo, recordé esta circunstancia, que junto con lo imponente de lo que me rodeaba, me hacia creer unos momentos que no sería difícil se desprendiese un fragmento de aquellas peñas y me matase.

Llegamos por fin al plan de la mina, y unos operarios que estaban al extremo inferior del tiro, nos tomaron del extremo del cable, donde íbamos atados, y nos depositaron en tierra.

Allí encontré una explanada como de veinte varas de longitud sobre otras tantas de latitud, donde estaba colocado el despacho del administrador subterráneo, en uno de los ángulos, y allí también estaba puesta una luz que alumbraba á más de cincuenta operarios que

iban y venían con cargas de piedras metálicas y las depositaban junto á la boca del tiro. Todos estos trabajadores estaban desnudos y empapados de los piés á la cabeza.

Comenzamos nuestro viaje subterráneo, dirigiéndonos á las labores que estaban en trabajo. No te puedes figurar, María, lo imponente del interior de una mina; si existe el infierno como nos lo describen los teólogos, una mina es seguramente el trasunto más fiel, porque las excavaciones van tomando siempre la dirección que lleva la veta, y como ésta es irregular, resultan concavidades á derecha ó izquierda, arriba y abajo, ya oblicuamente, ya formando curvas, veredas tortuosas ó pozos profundos, de los que no se mira el fondo. Hay unas galerías de explanada extensa, con un techo de peñascos erizados, que al recibir en sus picos salientes la luz de las hachas, presentan un efecto fantástico; algunas veces de estas galerías, bien á la espalda ó frente del viajero, sigue un cañon horizontal ú oblicuo, de una dis-

tancia prolongada, y se ven vagar en él algunas luces, y allá en el confin, un grupo de figuras desnudas en movimiento, que parecen demonios dando tortura á los condenados, no siendo otra cosa que los trabajadores de una labor que, bañados en torrentes de sudor, aplican la barra con la que desprenden enormes trozos de piedra, que inmediatamente toman otros sobre sus espaldas. Es sorprendente el tino y la fuerza de estos cargadores, porque con una pequeña mecha que llevan, que más que alumbrar hacen mas palpables las tinieblas, caminan con un peso de doce y catorce arrobas, por veredas inclinadas, apoyando los piés en escalones practicados en la peña, donde sin peso alguno apenas puede uno detenerse, y sin embargo, estos hombres llegan al extremo inferior del tiro, donde depositan los metales para sacarlos por el cable.

Algunas veces teníamos que arrastrarnos para pasar por un camino demasiado estrecho; otras nos agachá-

bamos; otras teníamos que asirnos ó apoyarnos en nuestro bordo, para no descender súbitamente, y todo esto lo verificábamos con mucha fatiga y bañados completamente en sudor. ¡Qué calor tan intolerable hacia algunas veces! otras qué frío tan glacial salía de algun boqueron!

Si al entrar por el tiro se experimentan fuertes sensaciones, las que causan el aspecto terrífico y grandioso del plan de la mina, son más terribles; yo al ménos así lo experimenté, quizá á causa de la forma de la excavacion, de las espesas tinieblas que reinan en el lugar, y de los efectos de la luz roja sobre los objetos; por eso comparo este lugar al infierno.

Nos dispusimos á salir de este antro, pero ántes de emprender nuestro viaje, nos sentamos un momento para descansar de la fatiga que nos causó la excursion, así como para refrescarnos y no tomar súbitamente la impresion de otra diversa temperatura.

Nos colocamos de nuevo sobre nues-

tros asientos en el cable, y comenzó nuestra ascension, siempre con los mismos temores que cuando bajamos, y siempre tambien con nuestro *morron*, á quien al comenzar su canto fúnebre, impuse silencio para disminuir un tanto la emocion que me causaba nuestro peligroso viaje.

Cuando nos faltaban cosa de cien varas, y comencé á ver la luz del día y á respirar un aire puro, no se puede tener una idea del inefable bienestar que experimenté, porque parece que vuelve uno á la vida, y cuando creyó estar enterrado para siempre, se halla de nuevo con la vista del cielo y la pura luz de un sol reverberante y majestuoso.

Nos quitamos nuestros risibles vestidos de viaje, y entónces conocí que mi guía me habia dado un consejo saludable, haciéndome desnudar aun de la camiseta que estaba chorreando, y que fué preciso quitarme para ponerme la ropa que llevaba.

Yo quedé extraordinariamente fatigado de la expedicion subterránea, y

muy débil á causa de la abundancia de la traspiracion; apetecia por lo mismo tomar algun refrigerio, y para esto ya le iba á indicar á mi compañero Leal que partiéramos á nuestra posada para satisfacer el hambre, cuando, ¡oh felicidad! el administrador añadió una más á sus bondades: pronunció una palabra que en ciertos casos es como si oyera uno la noticia más plausible: "¡Que pongan pronto el almuerzo!" Dijo. Yo oí esta nueva seguramente con el mismo gusto con que los pastores de Bellem oyeron la del ángel que anunciaba la venida del Mesías.

Cuando estuvimos á la mesa, brillaron á nuestros ojos los succulentos manjares de la cocina francesa: una magnífica tortilla de huevos con una salsa deliciosa, un tierno *beefsteck*, un capon asado y otros platos que todos ellos despedían un olor celestial.

Embestimos á la viandas con un ardor bélico, y sólo alguna que otra vez salian de nuestros labios palabras que se encaminaban á encarecer la bondad

de los platillos, que sazonábamos con repetidos tragos de vino tinto.

Cuando concluyó el almuerzo, nos dispusimos mi compañero y yo á partir para el mineral de la Luz, siendo cosa de las doce del día, hora en que el sol enviaba perpendicularmente sus rayos abrasadores sobre nosotros, y las lomas descarnadas nos los reflejaban de rechazo, envolviéndonos en un calor insupportable.

MINERAL DE LA LUZ.

Este mineral, famoso por la bonanza que tuviera por los años del 45 al 54, yace hoy en un estado de abandono tal, que las diversas minas que ántes respiraban animacion y vida, están encargadas solamente á los cuidados de un conserje que vaga como el único habitante de estos lugares sombríos, que me trajeron á la memoria las leyendas feudales de castillos encantados.

Yo no habia visto nunca las oficinas y habitaciones adyacentes á cada una

de las minas de la Luz, pero por los vestigios que tenia á la vista, calculaba cuál debió ser su movimiento en mejores días. De esta manera, los patios amenazando ruina, las obras que hay en tierra á causa de un hundimiento por lo hueco del terreno, la vista de los malacates destrozados, algunos montones abandonados de piedra mineral, la yerba crecida en el empedrado de los patios, y, sobre todo, la soledad del lugar, imprimian en mi alma sensaciones melancólicas con el recuerdo de la vida que un día animaba estos lugares, y hoy se enseñoreaba la muerte, rodeada de sus satélites la tristeza y el silencio.

Iba y venia con mis compañeros, y nuestras voces resonaban misteriosas en las galerías y sitios abandonados; por doquiera que voltease la cabeza, creía ver una figura ú oír alguna voz humana, y sólo la soledad se presentaba á nuestra vista, con esa espantosa majestad con que debe reinar en esas grutas misteriosas ó en los antiguos castillos y catacumbas desiertas. La excursion que

verificabamos á través de estos lugares abandonados, era verdaderamente penosa, porque la imágen que se nos presentaba, unida á los recuerdos de bonanza, cuando millares de pesos se habian sacado de sus excavaciones y millares de gentes habian respirado, dejaba en nosotros una sensacion triste y desgarradora.

Lo único que notábamos en algunas minas, era que alguno que otro pobre se ocupaba en buscar piedras minerales en los terrones abandonados, donde en la época de la bonanza se arrojaban algunas que contenian bastante plata, y que por la misma abundancia que habia, se las despreciaba. En el mineral de la Purísima, hay una capilla y varios patios y galerías que pertenecieron á una mina muy rica, y todos estos edificios están fabricados sobre un antiguo terreno. Pues bien, hago mencion de esta circunstancia, para manifestar la abundancia que habia de metales en la época en que estaba en movimiento, pues se dejaban piedras que hoy se tra-

tan de recoger, echando por tierra los edificios mencionados, y estas excavaciones se hacen por cuenta de los dueños del mineral.

Regresamos del mineral de la Luz al de la Purísima, á las oraciones de la noche, y despues de tres dias de permanencia en este último, regresé con mi mozo á Guanajuato por el camino de Silao, donde estuve dos dias en la casa de un buen amigo, el juez de letras D. Luis Corona, obsequiándome su familia con toda clase de consideraciones.

Silao es una poblacion de un aspecto mas bien triste que alegre, aunque posee una bonita plaza con su fuente, sus banquetas, sus fresnos y sus portales por el lado Sur; por el Norte una capilla y por el Oriente la parroquia circundada de una balaustrada de piedra, encerrando en el vestíbulo ó cementerio algunos rosales, naranjos y otras plantas que le dan una vista muy agradable.

Es de advertir que el costado derecho de la iglesia da á la plaza, pues la fachada mira al Sur; la torre es de tres

cuerpos y de forma octágona, con muchas ventanas ocupadas algunas de ellas por esquilas y campanas de varios tamaños. El interior del templo no ofrece cosa que llame la atención, por lo que después de darle un vistazo rápido, sale uno para recorrer las calles, que pocas son tiradas á cordel y pocas también anchas; las más de ellas empedradas, pocas embanquetadas y algunas llenas de polvo fino y arena, que ensucian notablemente el calzado y los vestidos de las señoras, cuando salen á dar un paseo por las tardes á los jardines, que son muy bonitos, en particular el de Rivera. Este jardín es más frecuentado porque sus dimensiones son más extensas y su vista muy agradable y pintoresca. Todas sus calles están bien terraplenadas y perfectamente sombreadas con la vid, así como por los lados hay una cantidad asombrosa de rosas de todas clases y flores exquisitas, naranjos, limos, plátanos, chirimoyos y otras mil plantas que exhalan un aroma embriagador, que unido al fresco,

á la vista pintoresca de las plantas, al gorjeo de las aves, á la música que se sitúa en el centro del jardín, y al aspecto de multitud de paseantes, se experimenta un bienestar indefinible. Causa un verdadero placer tender la vista desde un extremo al otro de alguna de las callecitas dilatadas de este jardín, porque en todo el techo que forma la vid, cuelgan infinidad de racimos desde el azul esmaltado de oro, el violeta, hasta el verde trasparente. Y la luz que penetra por entre los intersticios, y los pintorescos trajes de las señoras, que forman un contraste muy bello con el verde de las plantas, y todo el conjunto, convidan á no salir de aquel lugar encantador.

Cuando nos separamos de allí estaba próximo á oscurecer, y la luna comenzaba á enviar sus rayos plateados sobre la vegetación, desprendiéndose con fuerza el aroma del floripondio y el del *huele de noche*. Yo les compré á los jardineros algunos racimos de uvas para las señoras, y los había tan grandes,

que muchos de ellos pesaban hasta cinco libras.

Llegamos á la casa, y el dueño de ella nos tenia preparada una sorpresa muy agradable, porque se colocaba la esperma en los candeleros, se adornaba la sala, se alistaban algunas botellas de Champagne y otros licores, se colocaban sobre los charoles frutas de horno, puchas, rodeos, mamones..... corrían los criados á las casas de las familias para convidar á un baile, y las señoras de la casa entraban á la recámara llenas de alborozo para hacer su *toilette*....

—Pero hombre, le dije á Corona, ¿qué diablos es esto, qué todo lo ha puesto vd. en movimiento? ¿Se trata acaso de solemnizar el cumpleaños de alguno? ó.....

—Nada de eso, amigo mio, sino que hace mucho tiempo que no bailamos en Silao; figúrese vd., mas de quince dias, y es preciso bailar ya; además, creo que no desagradará á vd. conocer el bello sexo de la población.

—Oh! ya se vé que no me desagra-

dará, y agradezco á vd. que me proporcione una ocasion, que al paso que me divierta bailando, goce de la vista de las bellas del lugar.

Estábamos en esta conversacion cuando nos interrumpió una familia, en la que venian tres encantadoras muchachas, guapamente vestidas, que se dirigieron al estrado, dejando á su paso un ambiente de agua de lavanda y pachelí. Crujían los vestidos de seda al acomodarse en el estrado, y esto y los músicos que llegaban y comenzaban á templar sus instrumentos, y la luz de la esperma, y..... todos estos incidentes de un baile improvisado, tenia agradablemente suspenso el sentimiento.

Se bailó hasta las dos de la mañana, y á esa hora me entré á acostar para salir muy temprano para Guanajuato, donde permanecí pocos dias, disponiendo mi viaje para Colima. Mas ántes de separarme de esa ciudad, me encontré una mañana á un compañero de arte, y éste me invitó para que fuésemos á visitar los losers. Ya me habian habla-

do otras veces de estas excavaciones ó canteras, de donde sacan la hermosa piedra para las construcciones de Guajuato; pero lo habian hecho con tanta indiferencia y con tan poco interés, que yo no habia tenido curiosidad de hacerles la visita. De manera que cuando Obregon me invitó, accedí mas bien por no parecer descortés, que por la gana que tenia de ver una cosa que me parecia no llamaba la atencion.

Salimos un domingo muy temprano, dejando arreglado que un mozo fuera á medio dia con nuestro almuerzo. Nos acompañó Acosta, otro amigo nuestro, y llegamos á la Presa de Rocha. De ahí comenzamos, caminando por su costado izquierdo, á ascender al cerro que queda al Oriente, y cuando hubimos trepado dos terceras partes, nos hallamos en la boca de uno de los losers mencionados, y ¡cuánta fué mi sorpresa al encontrar que lo que de abajo se mira como un pequeño terreno, al estar junto á la cantera no es sino una gruta maravillosa, en la que la vista se sor-

prende y se pierde en sus inmensas galerías. Nos paramos primero en la boca de la gruta artificial, para contemplar desde allí la hermosa perspectiva que se desarrollaba ante nuestros ojos. El aspecto era tan sublime, que arrancó de nuestros pechos gritos de admiracion y de entusiasmo.

La boca de la gruta tendrá de alto sobre diez varas y cosa de doce de ancho; al paso que va profundizando se va ensanchando por sus lados y elevándose su techo, de modo que en el centro forma un anfiteatro; y como para hacer la excavacion han tenido que ir dejando algunos pilares en la misma roca, á fin de impedir el hundimiento del cerro, éstos dan al conjunto la apariencia de un templo. Pero lo mas singular es que los techos no son de una forma irregular, sino que á consecuencia de que la cantera está formada de capas, al desprender las últimas, quedó la superficie enteramente plana; y causa admiracion ver un cielo raso inmenso que se extiende desde la en-

trada hasta el extremo opuesto, con el agradable incidente de que, á más del pulimento natural de la piedra, presenta su cara colores muy variados y jaspes que semejan el mármol veteado.

Lo que hace mas imponente é imprime un carácter fantástico á estas grutas, son las muchas galerías de que están compuestas, porque todas ellas forman un laberinto, presentándose unas en línea recta del espectador, otras en una direccion oblicua, otras en una curva, otras en una inclinada hácia el fondo, y otras formando quebradas y recodos, que todo junto da el aspecto de ruinas, por la mucha piedra que ha quedado en tierra, y que como aun los fragmentos mas pequeños son planos en ambas caras, parecen residuos de capiteles, cornisas y entablamentos. En algunas galerías no penetra mas luz sino la que llega ya muy escasa de la boca de la gruta, y esto las hace misteriosas y recuerdan las catacumbas de Roma, porque todos sus detalles se presentan envueltos unas veces en un vapor cre-

puscular, y otras entre las tinieblas más espesas, que impiden ver el fin del so-cavon. Otras galerías reciben la luz por algun agujero del techo ó del lado opuesto á la entrada principal, y esto tambien presenta un efecto hermosísimo, añadiendo la circunstancia de que como por las paredes y las columnas han quedado algunos gruesos salientes de piedra por la parte del techo, éstos imitan fielmente cornisas y capiteles; por lo que la ilusion es completa en cuanto á creerse el espectador en las ruinas de Palmira ó en el Laberinto de Creta.

Visitamos mis compañeros y yo siete canteras, y todas ellas nos sorprendieron y agradaron sobremanera, porque todas difieren entre sí en diversos accidentes.

Quando hubimos concluido nuestra excursión, que duró toda la mañana, tratamos de bajar el cerro á fin de salirle al encuentro á nuestro almuerzo, y como eran ya las doce del dia y habíamos hecho mucho ejercicio, nuestros

estómagos reclamaban imperiosamente algo que les confortara; pero el mozo no parecía; que bien habríamos deseado llegase cuando aún estábamos en alguna gruta, para almorzar dentro de ella, mirando de cuando en cuando la vista que teníamos en frente del panorama de Guanajuato.

Cuando descendíamos á una hondonada formada por la confluencia de dos cerros que están al ángulo sud-este de la Presa de la Olla, encontramos el bien aventurado almuerzo, y debajo de un árbol, y sobre un enorme peñasco, pusimos el mantel, y nos preparamos acto contínuo á atacar con desesperación al enemigo. Este almuerzo fué muy alegre por los recuerdos que teníamos de las grutas encantadas, y por el aspecto agreste de la naturaleza que nos rodeaba, pues al frente y á nuestra espalda teníamos las paredes elevadas de los cerros, erizadas de peñascos y ornadas de vegetacion, y á diez pasos del lugar en que nos hallábamos, estaba el fondo de la cañada, la que pre-

sentaba algunas obras oscuras ó piedras de tamaños considerables.

Cuando concluyó el almuerzo, nos dispusimos á marchar no sin la molestia del calor, pues serian cerca de las dos de la tarde.

Cierro ya esta carta, María querida, porque se ha hecho demasiado larga. En la siguiente te hablaré de la reventada de la presa y de mi salida para Leon.

Adios.

F. S. G.